

VII. LA CEREMONIA DE LA BEATIFICACION

Y llegó el día de la beatificación. Fue el 6 de octubre de 1985, domingo. La ceremonia tuvo lugar dentro de la Basílica de S. Pedro en el Vaticano. Para esta beatificación fueron elegidos tres siervos de Dios jesuitas: el P. Diego Luis de San Vitores, el P. José M. Rubio y el Hermano Francisco Gárate. La basílica estaba abarrotada de público con una fuerte representación de fieles procedentes de Castilla la Vieja, Andalucía y País Vasco. A las 9:30 hizo su entrada en la Basílica el papa Juan Pablo II entre las aclamaciones del público. Actuó la Cappella Sixtina y otro coro dirigido por M. Dolores Aguirre religiosa carmelita de Vedruna. En representación del Gobierno español estaban el ministro Excmo. Sr. D. Felix Pons con su señora y el Embajador español ante la Santa Sede. Entre los jesuitas figuraban en lugar destacado el P. Peter-Hans Kolvenbach Preósito general de la Compañía de Jesús, el P. Ignacio Iglesias Provincial de España, el P. Giuseppe Pitau Consejero general del P. Kolvenbach, y el P. Paolo Molinari postulador general de la Compañía de Jesús para los procesos de canonización.

Fueron más de 400 los jesuitas españoles que viajaron a Roma para esta celebración. Terminado el canto del Kyrie subió al altar el Cardenal Angel Suquía, arzobispo de Madrid quien pidió al Papa la beatificación del P. José M. Rubio. Intervino a continuación Mons. Luis M. Larrea obispo de Bilbao con la misma petición en favor del H. Francisco Gárate, seguido del obispo de Filipinas Mons. Felixberto Camacho con el mismo ruego a favor del P. Diego Luis de Sanvitores. A continuación se ofreció la lectura de unas breves biografías de los tres siervos de Dios. E inmediatamente después Juan Pablo II leyó solemnemente la fórmula oficial, en latín, de proclamación de los tres nuevos Beatos. Inmediatamente después los fieles prorrumpieron con un fuerte aplauso al que siguió el canto del "Amen" y luego del Gloria de la misa De Angelis en canto gregoriano. Tras la lectura del evangelio, Juan Pablo II como celebrante principal pronunció su homilía.

El Papa al recordar que los tres nuevos Beatos nacieron en España añadió: "Nación que tanto se ha distinguido en la propagación del evangelio y también por la vitalidad de su fe católica". Y refiriéndose al origen de cada uno de los beatos precisó: "Burgos es la cuna del padre San Vitores el evangelizador de las Islas Marianas; el padre Rubio nació en Dalías (Almería) y ejercicio su apostolado sobre todo en la capital de España siendo conocido como el "apóstol de Madrid"; el Hermano Gárate es originario de un caserío en las inmediaciones del castillo de Loyola, parroquia de Azpeitia (Guipúzcoa) y transcurrió la mayor parte de su vida en Deusto (Bilbao)".

En su homilía Juan Pablo II, además de unas consideraciones generales ofreció también una semblanza particular de cada uno de los tres Beatos. Estas fueron sus palabras sobre el Beato Francisco Gárate:

"El mensaje de santidad que el Hermano Francisco Gárate Aranguren nos ha legado es sencillo y límpido, como sencilla fue su vida de religioso inmolado en la portería de un centro universitario de Deusto. Desde su juventud, Francisco abrió de par en par su corazón a Cristo que llamaba a su puerta invitándole a ser un seguidor fiel, su amigo. Como la Virgen María a quien amó tiernamente como madre, respondió con generosidad y confianza sin límites a la llamada de la gracia. El Hermano Gárate vivió su consagración religiosa como apertura radical a Dios, a cuyo servicio y gloria se consagró, y de donde recibía inspiración y fuerza para dar testimonio de una gran bondad con todos. Así lo pudieron confirmar tantas y tantas personas que pasaron por la portería del cariñosamente llamado "Hermano Finuras" , en la Universidad de Deusto: estudiantes, profesores, empleados, padres de los jóvenes residentes, gentes en fin de toda clase y condición, que vieron en el Hermano Gárate la actitud acogedora y sonriente de quien tiene su corazón anclado en Dios. El nos da un

testimonio concreto y actual del valor de la vida interior como alma de todo apostolado y también de la consagración religiosa. En efecto, cuando se está entregado a Dios y en Él se centra la propia vida, los frutos apostólicos no se hacen esperar. Desde la portería de una casa de estudios, este Hermano coadjutor jesuita hizo presente la bondad de Dios mediante la fuerza evangelizadora de su servicio callado y humilde".

Tras haber ofrecido las semblanzas de los tres nuevos Beatos, Juan Pablo II se preguntó cuál podía ser el mensaje de estos tres hombres hoy al mundo actual. Y prosiguió diciendo:

"En épocas distintas y en geografías diferentes, ellos respondieron prontamente a la invitación de Jesús que los llamaba a su intimidad. Con sus vidas centradas en el amor de Dios, dieron, cada uno a su modo, testimonio: de la disponibilidad absoluta del misionero incluso hasta el derramamiento de sangre, de la labor paciente y delicada del director de conciencias y formador de apóstoles, de servicio humilde y callado, cumpliendo el deber cotidiano".

En la oración de los fieles se formularon seis invocaciones en otras tantas lenguas y entre ellas en español, chamorro (de las Islas Guam) y en euskera. Durante el ofertorio se llevaron varias ofrendas al altar en nombre de los países de los tres beatos. Por parte del Beato Gárate entregaron sus obsequios al Papa los jesuitas Hermanos Azcona y Urbano Oroz (portero en la Universidad de Deusto) y la juez de Azpeitia descendiente de la familia de Francisco Gárate. Durante la comunión además de otros motetes se interpretaron el "Cantemos al amor de los amores" y "Ogi zerutik". Concluida la ceremonia los numerosos peregrinos amigos de los jesuitas y en particular los procedentes del País Vasco cantaron la "Marcha de S. Ignacio".

Eran aproximadamente las doce menos cuarto cuando los fieles empezaron a situarse, a la salida de la Basílica, en la Plaza de S. Pedro para escuchar al papa en su rezo del Ángelus. El tiempo era magnífico y el espectáculo que ofrecía la plaza era el de las grandes solemnidades. En sus palabras, antes del Ángelus, Juan Pablo II hizo alusión a la ceremonia que se acababa de celebrar en la Basílica.

Al día siguiente, lunes, los peregrinos que acudieron a la ceremonia de beatificación fueron recibidos en audiencia especial por Juan Pablo II. En su discurso, el Papa saludó a los peregrinos procedentes de los pueblos y regiones donde vivieron y murieron los tres nuevos Beatos. Y refiriéndose al Beato Gárate dijo: "Y, qué decir de la tierra donde vio la luz el Hermano Gárate? La casa de sus padres, en el caserío de Recarte, se encuentra en las inmediaciones de Loyola donde nació el Fundador de la Compañía de Jesús. Azpetia, Orduña y tantos otros lugares de la querida tierra vasca, recuerdan con cariño la figura dulce y apacible del hermano portero de Deusto (Bilbao) que, "mil gracias derramando", pasó también por Galicia, concretamente por el colegio del apóstol Santiago junto a La Guardia (Pontevedra)".

Tras haber afirmado que los tres Beatos fueron personas enraizadas en sus tierras, y entre sus gentes, en sus familias, en sus parroquias, en sus pueblos y ciudades, añadió: "Son, en una palabra, frutos maduros de la vitalidad cristiana de un pueblo que durante siglos se ha caracterizado por su vocación misionera, sus virtudes, su fidelidad a la Iglesia. No dejéis que tantos valores y tan gloriosa historia se debiliten o se pierdan". Y prosiguió con un llamamiento a las familias españolas: "Reavivad la vida cristiana en vuestros hogares, fomentad las prácticas de piedad, vuestra devoción a María, defended vuestros legítimos derechos como católicos, sentíos unidos entrañablemente a vuestros Pastores y a la Iglesia universal una y santa. De esta manera, florecerán también en este final del siglo XX nuevas y pujantes vocaciones a la santidad, misioneros y misioneras, apóstoles que, entregándose generosamente a la causa del evangelio, hagan actuales y operantes los ideales a los que dedicaron toda su existencia los tres jesuitas que hoy veneramos".